



Vista. Sra. del Pilar de Zaragoza.

Si hay un culto que pueda llamarse verdaderamente nacional en España, es el que desde tiempo inmemorial trinito las almas piadosas á la venerable imagen de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Desde tiempo inmemorial, hemos dicho, y en efecto el origen de ese culto se pierde en la noche de los tiempos, siendo ya en la comun opinión coetáneo de la introduccion del cristianismo en España. La crítica se siente sin fuerzas para impugnar y aun para discutir la verdad de tradiciones, sancionadas por el transcurso de tantos siglos, así como el fundamento de creencias tan dulces y consoladoras, como las tradiciones y las creencias que van unidas á la historia de la sagrada Imagen de que nos ocupamos.

Numerosísimas conversiones habian coronado la árdua mision del apóstol Santiago el Mayor, cuando por mandamiento de Dios vino á regenciar esta postrera provincia de Europa. Ya habia abierto á la luz de la fé las almas de una muchedumbre escogida. Galicia, las Asturias, Castilla, que se llamaban entonces España Mayor y casi toda la España Menor, que es la provincia de Aragon, habian ya recibido en su seno las semillas de la nueva doctrina. Estaba el apóstol evangelizando la poblacion de César-Augusta, hoy Zaragoza: ocho discípulos tenia ya conquistados en esta ciudad, y con ellos, para meditar con mas sosiego sobre los sublimes misterios de la divinidad, solia salir por las noches

á recorrer las márgenes del Elbro, cual si esperara de la contemplacion de las maravillas nocturnas, de la seductora calma de la naturaleza en aquellas calladas horas, de las mil voces, en fin, que hablan al alma cuando callan todos los rumores de la tierra, la confirmacion de sus altas predicaciones. Una de aquellas noches, á la hora en que estaba el bienaventurado apóstol explicando á sus discípulos las palabras del Salvador, andando lentamente, segun su costumbre, por las márgenes del rio, estaba la Reina de los ángeles, todavía en su vida mortal, implorando en su oratorio de Jerusalem á su divino Hijo, por aquel que, segun ella sabia, iba á sellar el primero entre los apóstoles con su sangre la fé cristiana. Esta prosciencia del destino que estaba reservado á Santiago, despertaba en el tiernísimo pecho de la Virgen un grande afecto hácia él; así no cesaba de pedir á Dios en sus oraciones que le sacase triunfante de su apostelado en España, objeto tambien de la particular predileccion de María Santísima.

Movido por las plegarias de su Madre, descendió el Salvador en un trono de insublime magestad al oratorio donde le imploraba María, y confortándola dulcemente, le dijo que luego en el mismo instante se partiese para España en busca del apóstol Santiago, y le mandase volverse á Jerusalem; pero añadió: uno lo hará hasta despues de haber edificado en Zaragoza un templo en honor y título de vuestra non-

bre, donde por intercesion vuestra obrará mi Padre todos los milagros que le sean por vos demandados, ¡oh Madre mía!»

Estas palabras inundaron de júbilo el corazón de la beatísima Virgen. Luego que los hubo pronunciado, desapareció el Salvador de los hombres, y en cumplimiento de su divina voluntad, transportaron en un momento los ángeles á María entre celestiales cánticos de alabanzas al Altísimo, al sitio donde se hallaba el apóstol prosternado á la orilla del Ebro haciendo oracion, mientras rendidos de cansancio reposaban á corta distancia sus discípulos. Una vivísima claridad iluminó entonces de súbito aquella desierta campiña; los ecos de los coros seráficos sacaron dulcemente de su letargo á los ocho discípulos del apóstol, y de esta suerte pudieron ser testigos y dar testimonio de la milagrosa aparicion de que iban á ser teatro aquellasfortunadas riberas. Traion los ángeles á su Reina en un trono de resplandeciente luz; unos iban arrodillados sobre transparentes nubes, cual si estuviesen en adoracion en derredor de ella; otros veían pulsando místicas arpas y entonando en suavísimos y alternados coros *Ave María, Salve sancta parens, Regina veli lactare*, á qua respondia alguna vez la Virgen, refiriendo todo aquello al Autor Supremo con tanta humildad de corazón cuanto eran grandes el honor y beneficio que la dispensaba: muchas veces repetia: *Santo, Santo, Santo Dñs de Sabaoth, ten misericordia de los miseros hijos de Eva!*...

Arrobado el felicísimo apóstol, vió á los ángeles suspender delante de él en los aires el trono de María, vió á éstos inclinarse un poco hacia un lado, tomar de manos de los serafines una pequeña columna de jaspe, sobre la cual se alzaba una imagen de diferente materia riquísimamente aderezada con reales vestiduras, y presentandosele en seguida con un ademan lleno de inefable dulzura, dióle su bendicion en nombre del Padre y del Hijo diciéndole: «Jacobó, siervo del Altísimo, bendito seas en su diestra; él os bene y manifieste la alegría de su divino rostro.» Y todos los ángeles respondieron: *Amen*. Y prosiguió la Reina del Cielo: «Hijo mi Jacobo, este lugar ha señalado y destinado el Altísimo Todopoderoso Dios del Cielo para que en la tierra le consagres y dediques en él un templo y casa de oracion, donde debajo del título de mi nombre quiero que el suyo sea ensalzado y engrandecido, y que los tesoros de su divina diestra se comuniquen, franqueando liberalmente sus antiguas misericordias, con todos los fieles que por mi intercesion los alcanzarán, si las pidiere con verdadera fé y piadosa devocion; y en nombre del Todopoderoso les prometo grandes favores y bendiciones de dulzura, mi proteccion y amparo, porque este ha de ser templo y casa mia, mi propia herencia y posesion. Y en testimonio de esta verdad y promesa quedará aquí esta columna, y colocada en ella una propia imagen, que en este lugar, donde edificareis mi templo, perseverará y durará con la santa fé hasta el fin del mundo. Dáreis luego principio á esta casa del Señor, y habiéndole hecho este servicio partireis á Jerusalem, donde mi Hijo Santísimo quiere que le ofrezcáis el sacrificio de vuestra vida en el mismo lugar en que dió la suya por la redencion del linaje humano.»

Dijo, y mandó á los ángeles que colocasen la columna con la soberana imagen en el mismo lugar en que hoy están, y así fué ejecutado en un momento. Luego los mismos ángeles, el apóstol y sus discípulos reconocieron aquel lugar por casa de Dios y puerta del cielo, y adorando allí á la divinidad, celebraron los primeros aquella nueva y primera dedicacion de un templo instituido en el orbe despues de la redencion humana en nombre de la gran Señora del cielo y de la tierra.

Y todas sus promesas se cumplieron. La celestial columna perseveró y perseverará por los siglos de los siglos. El santuario que edificaron el apóstol y sus discípulos en derredor de ella, sucumbió á las injurias del tiempo, y otro y otros le sucedieron; la sacra columna permaneció íntegra, desafiando la barbarie, el fanatismo, la rabia de tantos pueblos enemigos, romanos, bándalos, musulmanes. ¿Qué mucho? Las promesas del cielo no podían faltar, y la custodia de la santa imagen del Pilar estaba encomendada á un ángel, que la cubria con sus blancas alas, como cubre con su amor una madre al tierno fruto de sus entrañas.

Esto dice la tradicion. La estampa de este artículo representa la santuosa capilla del Pilar tal como se halla hoy día.

EL MOTIN CONTRA ESQUILACHE.

ARTICULO SEGUNDO.

(Conclusion.)

A tal extremo habia venido un levantamiento tan pomposamente preparado, un levantamiento, no diremos justo, pero hasta cierto punto disculpable. Pudo seguramente darse á las pretensiones de los que figuraron en él un viso mas noble é interesante sin tanta ilegalidad y estrépito; y aun admitido el motin, pudo este tomar un carácter mas propio de un pueblo moderado, obediente á las leyes, y docil al régimen de la autoridad suprema; pero al ver aquella falta de juicio y aquel exceso de imprudencia, debió suponerse que ó los perturbadores estaban sin guia que diese direccion al vuelo de sus pasiones, ó que la que tenían era tal, que ni á sí propia sabia conducirse. Quizá no parecerá desacierto inclinarse á la opinion de que los motores de aquel escándalo, arrepentidos de su propósito, dieron el primer empuje y no tuvieron fuerza para seguir mas adelante.

Así se vió en lo restante de aquel día que los grupos que paseaban las calles no llevaban otro plan ni mas objeto que el de vagabundear por ellas, comer y beber de balde, alzar impunemente el grito de viva España, disparar tiros al aire cuando querian producir espanto, y humedecer á menudo sus fauces en las labernas. Lo mas singular fué, y esto prueba cuán lejos estaba aquello de una verdadera conspiracion, que entre tanta gente como andaba alborotada, pues llega su número á diez mil personas, de costumbres groseras la mayor parte, hambrienta y codiciosa de mejor fortuna, nadie hubo que se propusase á grandes excesos, nadie que se permitiera un hurto, una muerte, una venganza, fuera de las mencionadas, ni ninguno de los demás crímenes que llevan consigo las conmociones populares. Y no era porque careciesen de medios para hacer frente á las fuerzas que pudieran oponérselos; ya hemos dicho que contaban con algunas armas y municiones; la casualidad les proporcionó proveerse de mayor número de las primeras, pues habiendo pasado por la calle de la Montera unas cargas de fusiles destinados á los regimientos, se apoderaron de ellos y los repartieron entre sí. De suerte que por lo menos existian ya cuatro ó cinco mil hombres armados. Pero la conducta, inofensiva hasta cierto punto, del populacho en aquellos dias, debe atribuirse principalmente á su natural honradez, y despues á la inaccion absoluta de la tropa, la cual parecería increíble á no saberse que hubo cuartel donde no solo se entregó á los amotinados cuantas armas se guardaban dentro, sino hasta el fusil del centinela y las cajas de los tambores.

La única novedad notable ocurrida en el mismo día 28, fué la aparicion de un bando puesto de real orden en las esquinas de los párges públicos, en que además de permitirse el uso de las capas largas, sombreros gachos, y todo traje español, se decía que habia tenido á bien S. M. aplicar su benignidad mandando que se rebajasen los cuatro cuartos en cada libra de los comestibles consabidos; que se quitase la junta de abastos, y gobernaseen estos como antes ó como lo consultare el consejo; que se retiraran de Madrid los guardias walonas, y se saliese tambien de la corte el marqués de Esquilache, dándole por sucesor al español don Miguel de Muzquiz. Estas concesiones débían ya todos por otorgadas, y así no produjeron efecto alguno; el objeto ó pretexto mas bien de este segundo levantamiento era el regreso de S. M., y por lo tanto no debia esperarse la pacificacion de los ánimos hasta que volviese el cochero Bernardo con la respuesta del rey que suponian todos favorable.

En efecto, de este suceso dependia el desenlace de aquella trama. Bernardo llegó al sitio, se fué á palacio con la exposicion y pidió ser llevado á la presencia del rey, á lo cual manifestaron los cortesanos alguna repugnancia; mas obstinándose él en no entregar el pliego á otra persona, y sabedor S. M. del caso, fué preciso introducirle en la estancia regia. Presentose con mas desembarazo del que su humilde clase prometia, y con notable llaneza y resolucion manifestó al rey quién era y el motivo que allí le habia conducido, añadiendo que formaba parte del motin; que hiciese con él S. M. lo que quisiera; pero que tenia que volver á Madrid con la respuesta; el rey entonces, lejos de

mostrarse ofendido, le dijo que esperase y se la daría, como hizo á poco rato.

Pósose nuevamente en camino y entró en la capital antes de las diez de la mañana del 26. Dirigióse en derechura á la casa del gobernador del consejo donde le estaba aguardando innumerable gentío: la calle, el zaguan, las antecámaras y hasta la cámara del obispo estaban llenas de hombres y mujeres que la habían invadido todo como albergue propio: agregáronse tambien los que estaban en el campo, y otros muchos que acudieron á aquel punto así que supieron la venida del comisionado. Convocado el consejo en casa de su gobernador, se resolvió pasase á las casas llamadas de la Panadería en la plaza Mayor, para leer la respuesta del rey; y seguido de un inmenso concurso y de todas las turbas armadas, lo verificó así inmediatamente. Bernardo llevaba el pliego todavía cerrado, y entregándolo delante del público al escribano de cámara, que con el gobernador y señores del consejo estaba en los balcones del mencionado edificio, lo abrió el mismo escribano, y leyó su contenido concebido en los siguientes términos:

«Último. Sr.—El rey ha oído la representación de V. S. I. con su acostumbrada clemencia, y asegura sobre su real palabra que cumplirá y hará ejecutar todo cuanto ofreció ayer por su piedad y amor al pueblo de Madrid; y lo mismo hubiera acordado desde este sitio y cualquiera otra parte donde le hubieran llegado sus clamores y súplicas, pero en correspondencia á la fidelidad y gratitud que á su soberana dignación debe el mismo pueblo por los beneficios y gracias con que le ha distinguido, y el grande que acaba de dispensarle, espera S. M. la debida tranquilidad, quietud y sosiego, sin que por título ni pretexto alguno de quejas, gracias ni aclamaciones se junten en turbas ni furmen alones; y mientras tanto no den pruebas permanentes de dicha tranquilidad, no cabe el recurso que hacen ahora de que S. M. se les presente. De este escrito y de un bando que á consecuencia de él estendió el consejo, se hicieron diferentes copias y se fijaron en los puntos públicos.

Oída la contestación, todos se mostraron satisfechos, conviniéndose en desistir de la empresa y retirarse pacíficamente á su hogares: resolución hecha con tanta stacredidad que no habian transcurrido cuatro horas cuando Madrid ofrecía el espectáculo de la mas completa calma, y cuando las armas todas, así las sacadas de los cuarteles, como las pedidas en las tiendas de los espaderos y arcabuceros, se habian devuelto puntualmente sin que faltase una sola. Esta circunstancia basta para dar una idea del extraño carácter de aquel motin; otra no menos singular es la de que todo el imparte del consumo hecho por los sublevados aquellos días en las tabernas, bodegones y tabernas se satisfizo religiosamente por varios desconocidos que con gran reserva andaban averiguando y pagando lo que segun un cálculo prudencial decian haber aportado los respectivos dueños. Si Carlos tuvo, como debió tener, noticia de estos hechos, hizo mal en no restituirse á Madrid inmediatamente, dejando de parecer enojado y receloso: semejante integridad, dado que otros fueros no hubiese, mostraba bien claramente que aquellos disturbios no habian sido parto de las almas ruines y degradadas.

Pero hasta qué punto le fuere desagradable aquella rebelion, y cuán presente la tuviera despues en su memoria, las consecuencias lo comprobaron. Esquilache se dirigió á Cartagena donde permaneció á despecho de sus enemigos hasta que habiendo recibido por orden del rey todos sus labores, se dió el 22 de abril á la vela para Sicilia, y algun tiempo despues fué nombrado embajador en Venecia por nuestra corte. Exonóse de la presidencia del consejo al obispo Rojas, mandándole que en el término de tres horas dejara la corte y se trasladara á su obispado, y diósele por sucesor al célebre conde de Aranda, don Pedro Abarca de Bolea, capitán general de Aragón en la actualidad, á quien eligió tambien S. M. para la capitania general de Castilla La Nueva. Mandóse bajo severas penas que nadie hablase del motin, y con tanto rigor se llevó esta prescripción, que por haber faltado á ella recibieron dos soldados carreras de baquetas; y un caballero murciano, llamado don Juan Antonio Salazar, pagó en el patíbulo, despues de haber sido arrastrado y cortado la lengua, el crimen de haber proferido ciertas amenazas contra el soberano. Finalmente, sin riesgo de aventurar especies vagas, puede asegurarse que ningun otro suceso del reinado de Carlos III

inspiró á este monarca mayores cuidados ni sinsabores. Siendo de condicion benigna y apacible, pareció entonces adusto é inclemente; la confianza con que antes miraba á sus vasallos pareció tambien trocarse en prevención y desasosiego; la ilustrada corte española, modelo de condescendencia y gravedad, se mostraba ahora intolerante y sombría, y el hábil gobierno que solo meditaba en planes tan benéficos como grandiosos, ocupábase á la sazón en dar oídos á una turba vil de espías y delatores.

Verdad es que en parte el mismo pueblo dela ocasion á esta conducta, porque diariamente aparecian en las calles de Madrid sucios pasquines y coplas indecorosas; y así como en nuestros tiempos semejantes medios solo indican la abyeccion del que los emplea, quizá en aquellos serian una especulación segura para ganar á la multitud al partido de los descontentos y revoltosos; al modo que cuando las guerras de sucesion las piedras artificiosas con el monograma de Felipe daban razon y prestigio á sus sectáces y defensores. Con todo, Carlos tenia á su favor la inmensa mayoría de la nacion, la superioridad del talento y la prepotencia de las armas, y no debia cuidarse mas de la justo de las murmuraciones de la plebe; y por eso la resolución que formó de no volver á Madrid en largo tiempo, parecia poquedad de ánimo, si no hubiesen estado todos persuadidos de lo viva que se representaba en su mente aquella ofensa.

Así fué que á pesar de las instancias del conde de Aranda, de las súplicas del consejo, nobleza y gremios, y del campamento de diez mil hombres que se estableció en las inmediaciones de la corte para asegurar su tranquilidad, el rey se ostinó en permanecer en los sitios, trasladándose desde Aranjuez al Escorial y San Ildefonso;

No estaban sus temores completamente destituidos de fundamento, porque muy á menudo veia las cartas que el abate Gándara escribia desde Madrid á su ayuda de cámara llamado Pini, y deduciendo de su contesto que el pueblo continuaba inquieto y disgustado, tenia por exageradas las noticias que del conde recibia. Averiguó este el origen de sus sospechas, mandó prender al abate, y justificados los cargos que contra él resultaban, fué llevado inmediatamente al castillo de Pamplona. Queriendo despues complacer al rey con una agradable sorpresa, y penetrado de que con sagacidad y politica se alcanza á veces lo que no es dado al imperio de la fuerza, celebró una junta con los diputados de todos los gremios, les rogó que se pusiesen sombrero de tres picos y se saliesen de su ascendiente para que se generalizara esta costumbre, y en breve, sin queja ni resistencia alguna, todos los abilitados en los mismos gremios y todos los que antes miraban la innovacion con repugnancia, se acomodaron espontáneamente á ella. Esta novedad produjo el resultado apetecido. El rey dió la vuelta de San Ildefonso al Escorial, y prometió que en seguida se dirijiría á Madrid, como lo verificó efectivamente á principios de diciembre, habiéndose formado para recibirle las tropas acantonadas; y merced á la prudencia y energia del conde de Aranda, lejos de reproducirse estos disturbios en lo sucesivo, correspondieron siempre con su amor y lealtad los españoles al benéfico celo de tan glorioso soberano.

Hasta indagar ahora quiénes fueron los inventores del motin y el objeto que con él se proponian: averiguación harto difícil, no habiendo llegado aun á nuestras manos escrito alguno de donde claramente se deduzca, si no tuviésemos algun rastro que quizá nos lleve al punto mismo de la verdad. El propio rey que habia prometido perdonar á los cabezas de aquella sublevacion, no pudo menos de imponer algun castigo á los que en virtud de sospechas muy fundadas ó de irrecusables pruebas se designaban como tales; y siendo el partido favorable á la Francia el que mas interesado parecia en aquellos sucesos, no causó estraneza la orden que se dió al marqués de la Ensenada para que dejase la capital y se trasladara á Medina del Campo, donde mas adelante acabó sus dias. Esquilache era parcial de Inglaterra; Grimaldí, fundador del pacto de familia, deseaba ver á Ensenada en el ministerio, no solo por la amistad que con él le unia, sino por introducir un espíritu mas homogéneo en el gabinete; y así no carace de fuerza la opinión de que puestos ambos de acuerdo, intentarían derribar á su competidor, como lo consiguieron, por medio de un alzamiento popular. Sin embargo, esta conjetura quedará en gran manera desvirtuada con solo una insinua-

cion: la de que no hubieran podido ocultarse al rey los amaños de su ministro, en cuyo caso se hubiera apresurado á exonerarle de su destino; pero esta objecion vendria únicamente á hacer recaer toda la culpa sobre Ensenada, de cuya presuncion participamos con tanta mas seguridad, cuanto que el carácter irresoluto y tímido de Grimaldi se acomodaba muy poco al papel de conspirador.

Otros muchos argumentos se opondrán á nuestro propósito. En primer lugar las aclamaciones que dijimos dió el pueblo al embajador inglés, y despues el que en las ordenanzas casi desatendidas para el levantamiento, se señalaba tambien como victima á Grimaldi en caso de resultar cómplice de Esquilache; y ni lo uno ni lo otro hubiera consentido Ensenada siendo enemigo del primero, como representante de intereses que no le convenian, y defensor y leal amigo del segundo. Pero tanto valdria pegar entonces que Esquilache no miraba con predileccion á los ingleses, porque el pueblo aplaudia al embajador de esta potencia: inconsecuencias parecidas se hallan en las insurrecciones mejor organizadas y dirigidas; y ademas, ¿quién puede asegurar que Ensenada no tomase aquel color para disfrazarse mas completamente y extravaiar las pesquisas que despues se hicieron? El cargo que admitidas estas suposiciones

podiera hacerse á Grimaldi por no haber impedido el desierro de su antiguo amigo y protector, apenas merece tomarse en boca, puesto que ni sabemos hasta qué extremo emplearia sus buenos oficios, ni su situacion era tal que pudiese abogar abiertamente por los acusados, ni la inflexible voluntad del soberano cedia tan facilmente á las insinuaciones de sus ministros.

Algun tiempo despues fueron arrebatados entre las sombras del ministerio y conducidos á estraños climas los padres jesuitas que en gran número habian diseminados por España: con lo que creyó el vulgo que ellos habian sido los principales agentes de la sublevacion, y aun algunos afirmaron haberlos visto aquellos dias disfrazados entre la plebe y estimulándola con sus palabras. Si tal hubiera sido el fundamento de la espulsion, nos atreveriamos á sincerarlos; y aunque de todas suertes la reserva con que se llevó á cabo y el no haber cuidado despues de justificarla con las verdaderas razones que la prescribieron, favorecen muy poco á una medida de pública conveniencia, siempre respetaremos la profunda prevision, los sabios desiguos y el dichoso acierto del soberano que á la sazón regía los destinos de nuestra patria.

CAYETANO ROSELL.



San Isidoro del Campo.

SAN ISIDORO DEL CAMPO.

Las ruinas de Itálica.

Como á una legua de Sevilla, desde cuyas almenas se divisan las celebradas ruinas de Itálica, se halla situado San Isidoro del Campo, rico depósito de artes y de tradiciones, visitado constantemente por cuantos aciertan á pisar el suelo donde levantó sus soberbias torres la ciudad, cuya destruccion tan melancólica y tristemente cantó el inmortal Bója. Imposible seria de todo punto el contemplar los restos de aquella colonia infelizada, sin volver la vista al

antiguo monasterio, para buscar algun consuelo al dolor, de que se siente el pecho sobrecogido en brazos de la religion-velada en aquel recinto solitario por las artes y por los recuerdos.—Itálica ofrece á nuestra alma como en un mágico espejo la destruccion del mundo antiguo con sus grandezas y su poderio: San Isidoro del Campo nos dá á conocer cuáles fueron los sentimientos de nuestros mayores, cuáles sus creencias y sus costumbres, que han venido á servir de base á la sociedad moderna.—Por esta causa no se puede llegar á aquellos contornos, sin llevar un pensamiento á otras épocas mas venturosas quizá, y sin verter una lágrima de triste desconsuelo sobre las ruinas de la famosa Norcia, si bien llega á mitigarse esta amargura al pasar los umbrales de San Isidoro.

Cuantos viajeros vienen de remotas regiones á admirar

las encantadas orillas del Guadalquivir, coronadas de cien y cien monumentos, en donde han derramado distintos pueblos toda su ciencia y su ingenio, crearian cometer una gran falta si no se apresuraron á examinar los restos de Itálica, rindiendo al mismo tiempo un justo homenaje á las preciosidades que encierra en su seno el antiguo monasterio de *Gerónimo*.—Nosotros, que hemos pasado en Itálica muchos días, estudiando detenidamente los fragmentos de su antigua grandeza, que ha respetado el tiempo, y consumido no pocas horas contemplando las bellezas que el templo de San Isidoro atesora, quisimos, pocos días antes de abandonar aquella encantada comarca, dar el último adiós al despedazado anfiteatro, y recorrer otra vez los sitios que habian sido campo de nuestras especulaciones arqueológicas.

Llegamos, pues, una mañana de febrero del presente año á la portería del monasterio, situado al oriente del pueblo de Santi-Ponce y como á tiro de fusil de los despojos de la gran Saucos.—El sol principiaba ya á colorear aquellos muros que revelan desde lejos el espíritu feudal de los fundadores, dándole el aspecto de un castillo señorial, en donde parecen haber dominado á los pensamientos religiosos los instintos guerreros, en donde se muestran como en lucha abierta la *iglesia* y el *mundo*. Pero esta contradicción, esta falta de unidad que en San Isidoro del Campo se advierte, será bien que la espliquemos por su historia.

Cuéntase que habiendo encontrado algunos moradores de Sevilla el cuerpo de San Isidoro entre las ruinas de un antiguo colegio, fundado por aquel santo, levantaron en el mismo lugar una ermita en su memoria. Era este santuario concurrido por muchos caballeros ilustres de la capital de Andalucía, que atraídos de las virtudes de tan célebre doctor, acudían llenos de fe á demandarle su intercesión y ofrecerle el culto mas ferviente.—Visitábalo tambien con frecuencia el nobilísimo caballero Alonso Perez de Guzman, que habia conquistado en la gloriosa defensa de Tarifa el alto renombre de *el Bueno*; y juzgó que sería á los ojos de Dios un acto meritorio el edificar un monasterio, en donde el culto fuera servido, *Sevilla honrada y su cuerpo y el de sus sucesores respetado*, participó á su esposa este pensamiento; *la cual le puso mayor voluntad para llevarlo adelante*. Disfrutaba Guzman el Bueno de pingües rentas, y logró al cabo de poco tiempo ver realizada su idea, pobló el monasterio de monjes Bernardos del orden del Cister, y dotándole de inmensas riquezas.

Orgóles por juro de heredad á *Sevilla La Vieja*, nombre con que eran entonces conocidas las ruinas de Itálica, y dióles á Santi-Ponce con imperio *mero mixto de heredad y caserío*, cedéndoles todos sus heredamientos, olivares, tierras, calmas y mil fanegas de pan de renta, y poniéndoles por condicion especial el decir por su alma y la de doña María Alfonso, su esposa, diez misas diarias, una de las cuales debería ser cantada por la comunidad entera. Adquirió Guzman para dar cima á esta fundacion un privilegio del Rey D. Fernando IV, el Emplazado, expedido en la ciudad de Palencia el año de 1288, cuyo documento trasladáramos íntegro de buen grado, si no temiéramos hacer demasiado largo el presente artículo.—Todavía lo creemos tan interesante, que no renunciáramos á transcribir aquí aquellas cláusulas que mas cuadren á nuestro propósito. Despues de autorizar D. Fernando al fundador para que pueda heredar el monasterio en la forma que mejor estime, se encuentra el párrafo siguiente: «E por hacer mas bien et mas merced á este monasterio, por honra de vos, dotes que puedan haber vuestras que habren é moren en sus heredades, é que hayan ganados é todas las otras cosas en todas las partes de mis reinos, así como las mías mesmas sé defendiendo firmemente que ninguno non sea osado de ir ni de pasar contra esta merced que yo fago á dicho monasterio, ni á ninguna de sus cosas en ningún tiempo por alguna manera; é cualquier que lo ficere pechar me há en pena diez mil maravedis de la moneda nueva é al monasterio é, á quien su poder hubiere el daño que por ende recibiere doblado.» Así termina este curioso documento. «Sobre esto mando al mi consejo de la cibdad de Sevilla é á todos los otros consejers, alcaldes, jocos, justicias, merinos, comendadores, é á todos los apertillados de las villas é de los lugares de mis reinos que esta la mi carta vieren, que guarden é fagan guardar al dicho monasterio todas estas mercedes que yo la fago;...» é que esta sea

«firme é non venga en dubda mandé ende dar esta carta sellada con el mio sello de plomo colgado.»

Dióse principio á la fábrica en 1301, y terminóse al poco tiempo, quedando establecidas formalmente las condiciones que habian de observarse para en adelante por medio de una carta de dotacion fechada en Sevilla en 1339 y otorgada ante Juan Alonso, escribano de aquella capital, y Esteban Fernandez, escribano público.—Decían en esta carta los fundadores que donaban al monasterio el pueblo de Santi-Ponce con todos sus derechos, segun lo habian comprado á la reina doña María de Molina y les habia sido ratificado por su hijo D. Fernando, *con montes, con fuentes, é con pastos, é con dehesas, é con aguas corrientes, é con prados, é con todas entradas é salidas*. Exigían en cambio de concesion tan importante, el que morasen en San Isidoro continuamente cuarenta monjes, veinte de los cuales habian de ser de misa, eligiendo de entre ellos el abad, á quien debia confiarse su gobierno. Prohibíase el que pudiesen los sucesores de Guzman atentar contra los bienes del monasterio, quedándoles sin embargo reservado el derecho de patronazgo, y elegíase en la misma carta para enterramiento de los patronos el espacio que *media entre el coro y el altar mayor*, donde todavía existen las cenizas de ambos esposos, como despues observaremos. El mencionado instrumento concluye de este modo: «E porque esta confirmacion sea firme é valadera para siempre jamas, mandamos ende fazer dos cartas, pasadas por A. B. C. á tal la una como la otra: «la una que tenga el monasterio, é la otra que finque con unusco.»

Por esta relacion puede venirse en conocimiento de lo que debió ser San Isidoro desde el momento de su fundacion: así es, que en la parte primitiva del edificio se halla este coronado de almenas y defendido por torresones, que como dejamos ya apuntado, le dan el aspecto de una fortaleza, mas bien que el de una iglesia cristiana. Pero el monasterio de Santi-Ponce no era solamente la morada del retiro; el monasterio de Santi-Ponce era tambien el palacio de un señor feudal, que disponia de la vida é la muerte de sus vasallos.

La iglesia levantada por Alonso Perez de Guzman, constaba de una sola nave de arquitectura gótica, compuesta de cuatro bóvedas de regulares dimensiones, que por otra parte ningún interés artístico ofrecen á los viajeros. No era en verdad, la época en que se construyó la mas á propósito para producir grandes obras; y así fué, que cuando mas adelante, deseando D. Bernardino de Zúñiga y Guzman que recibiesen sus restos sepultura en el mismo templo que sus mayores, edificó á sus expensas la segunda bóveda, tomó la iglesia otro carácter, si bien desde luego se advierte que no pudo convenir la planta que ahora tiene á su primera traza. Pero si la parte arquitectónica no llama tan vivamente la atención de los viajeros entusiastas, no sucede otro tanto con los objetos que en la iglesia de San Isidoro se encierran, siendo la primitiva nave un verdadero depósito de preciosidades artísticas.

Contémplese en su primera bóveda el retablo mayor, compuesto de dos cuerpos de arquitectura de orden corintio, el cual termina con un gracioso ático, viéndose ricamente adornado de bellas esculturas, debidas al célebre Juan Martínez Montañés, cuyas obras tanta reputacion gozan entre naturales y extranjeros. Contiene el primer cuerpo dos excelentes medallones, que representan el *Nacimiento de Jesus* y la *Adoración de los Reyes*, cuyas composiciones están concebidas con mucha filosofía, resultando la ejecución por la gracia del modelado en las carnes y el acierto con que se ven plagados los paños de entrambos relieves. Descansa sobre un templete, en donde se guarda la *custodia*, una estatua de *San Gerónimo* de tamaño natural, que aparece arrodillada y en ademán de adorar un Crucifijo que sostiene en la siniestra mano, mientras la derecha golpea fuertemente su pecho con un duro guijarro. Esta obra bastaría por sí sola para acreditar de grande artista á cualquiera que no contase con los gloriosos títulos que ilustran el nombre de Montañés. El rostro que se ostenta poseído de una fé sublime; que se halla agitada del mas alto entusiasmo, es una de las creaciones mas perfectas que entre nosotros ha producido el arte, pudiendo sufrir la comparación con el celebrísimo San Gerónimo de Torregioja; si bien por nuestra parte damos á este la preferencia. ¡Cuánta nobleza, cuánta dignidad respira aquel semblante! Y no es menos estimable lo restante de la estatua. Montañés

quiso mostrar en ella hasta el punto que llegaban sus conocimientos anatómicos, y sin afectar dureza alguna, logró representar un anciano demagrado, pero bello.

Encierra también el segundo cuerpo dos medallones no menos dignos de estima: figura el de la derecha la *Anunciación*, y el de la izquierda la *Resurrección de Cristo*. En el centro se encuentran la estatua de *San Isidoro*, obra de un mérito extraordinario, por la delicadeza de la ejecución, especialmente en el ropaje; y en el ático se contempla la *Virgen de la Asunción*, rodeada de ángeles y querubines, descansando sobre la cúspide de aquel un *calvario*, en donde adoran dos bellísimos ángeles al Salvador del mundo. Sobre el cornisamento se ven dos escudos, que deberían contener las armas de los Guzmanes, sostenidos por las cuatro *virtudes teologales*, representadas por otras tantas jóvenes de singular hermosura. Es todo el retablo de mano de Montañés, y quizá uno de los que mas se prestan al estudio en la capital de Andalucía.

En el mismo espacio elegido por Alonso Perez de Guzman para su enterramiento, encuentra hoy el viajero su sepulcro y el de su esposa; al lado del Evangelio está el de

É FUE. CON. EL. MUY. NOBLE. REY. DON. FERNANDO. EN. LA. CERCA. DE. ALGECIRA. É ESTANDO. EL REY. EN. ESTA. CERCA. FUE. EN GANAR. Á GIBALTAR. É DESPUES. QUE. LO GANÓ. ENTRÓ. EN. CABALGADA. EN LA SIERRA. DE. GAUSIN. É OVO. HI. FACIENDA. CON LOS MOROS. É MATARONLO. EN. ELIA. VIERNES. 19. DE SEPTIEMBRE. ERA. DE MIL. É TRESCIENTOS Y CUARENTA. Y SIETE. QUE. FUE AÑO DEL. SEÑOR. DE MIL. Y TRESCIENTOS. Y NUEVE.
H. S. E. 19 SEPTEMBRIS ANNO DOMINI 1609.
300 Á DIE SUI OBITUS.

Sobre la losa del sepulcro de Doña María existe otra estatua en la misma actitud que la de D. Alonso, la cual representa á aquella esclarecida matrona. Viste un brial de manga boba guarnecida de pieles, y sujeto al talle con un rico cinturón de borlas, teniendo puesta en la cabeza una toca blanca y cubriendo sus hombros un bien plegado manto, que se recoge en la parte posterior sobre el almohadon en que la estatua descansa.—Al lado de esta se vé un escu-



Estatua de don Alonso Perez de Guzman.

D. Alonso, al de la epístola el de Doña María.—Sobre la losa cinerica del primero, se vé una estatua arrodillada ante una recinatorio en un rico almohadon de gruesos borlones, unidas ambas manos en ademan suplicatorio, ceñida su espalda, cubierto de todas armas y vistiendo una larga túnica alborea por los lados, cuyos pliegues vienen á quebrarse sobre el almohadon indicado. A la izquierda de esta figura se vé un escudo de armas, que en campo azul ostenta dos calderones, colocados verticalmente. En la losa del sepulcro se lee la inscripcion que sigue:

Propria filia suo non peperit.

AQUI YACE DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN EL BUENO. QUE DIOS PERDONE. QUE FUE BIENAVENTURADO. É QUE VIVIÓ SIEMPRE EN SERVIR Á DIOS. É Á LOS REYES.



Estatua de doña María Alfonso Coronel.

do de armas con cinco cornejas en campo de oro y en la losa de la urna cinerica se lee este epitafio:

Digna corona de los coroneles.

AQUI YACE DOÑA MARIA ALFONSO CORONEL. QUE DIOS PERDONE MUGER. QUE LEE DE DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN EL BUENO. Y MADRE DEL SEGUNDO ISAAC. FINÓ. ERA. DE MIL. É TRESCIENTOS. Y SESENTA. AÑOS. QUE FUE. DE. XPO. DE MIL. É TRESCIENTOS. Y VEINTE AÑOS.

(Continúa.)

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

LOS DOS AMIGOS.

Lanzaba el sol sus ardientes rayos sobre una llanura de Andalucía, árida y estéril. No corrían por ella ríos ni arroyos; secas yacían las flores y tiernas plantas de la primavera; solo verdeaban allí algunos espinos lentiscos y aloes, cuya dureza resistía al rigor de las estaciones. Un furioso levante formaba nubes de polvo ardiente como lava de volcan.—El cielo puro, y el día claro, parecían sonreírse al dar tormentos á la tierra.—Solo los ganados del país con su endurecida piel y el animoso é impasible español, que desprecia todo padecimiento físico, podían tolerar aquella encendida atmósfera; ellos durmiendo y él cantando.—

Veíanse sobre esta llanura el 20 de agosto de 1782— las muestras de un reciente combate: caballos muertos, armaduras rotas, plantas pisadas y teñidas de sangre.—A lo lejos desfilaba en buen orden un destacamento inglés.—A otro lado el comandante de un escuadrón español; ocupábase en formar sus impacientes soldados y sus caballos fogosos para perseguir á los ingleses, que inferiores en número se retiraban con la calma de vencedores.

En el que había sido campo de batalla, un jóven sentado en una piedra al pié de un azabúche apoyaba en el tronco su pálido rostro; mientras que otro jóven en cuya fisonomía se manifestaba la más violenta desesperación, arrodillado á sus pies procuraba detenerle con un pañuelo la sangre que le corría del pecho por una ancha herida.—¡Ah, Felix, Felix! (exclamaba con la mayor angustia), ¡vas á morir y por mi causa!—Has recibido en tu fiel pecho el golpe que me estaba destinado.—¿Por qué generoso amigo, me libraste de una gloriosa muerte para entregarme á una vida de desesperación y de dolor?—No te desesperes, Ramiro, le decía su amigo con apagada voz. Estoy debilitado porque he perdido mucha sangre; pero mi herida no es mortal.—Entre tanto, Ramiro, ¿tú no reparas que tu mano, que supió vengarme, está herida también?—Socorros, (decía Ramiro sin escucharle), pronto socorros podrían solo salvarte; pero aislados, abandonados como estamos, ¿cómo te los podré procurar? No me encuentro capaz de separarme de ti, ¡pero Felix, moriremos juntos!!! En este momento oyeron el galopé de un caballo.—Ramiro lleno de ansiedad dirigió su vista al lado por donde el ruido se sentía, y descubrió á su fiel criado, que habiéndolos perdido en el combate los buscaba lleno de inquietud.—

Felix del Arenal y Ramiro de Lérida, pertenecían á dos familias unidas mucho tiempo habia por la amistad mas sincera.—Educados juntos, servían en un mismo regimiento, adonde muy jóvenes pasaron de capitanes, habiendo sido páges del rey.—Felix, de alguna mas edad que Ramiro, con un carácter mas firme, con un temperamento mas tranquilo, y con razón mas madura, tenía sobre su amigo un ascendiente, que en vez de disminuir la ternura de su amistad, añadía á este sentimiento; en el uno, la consideración y reconocimiento que inspira la protección que se recibe; en el otro, el interés y apego que engendra la protección que se concede.—Después de tan evidente prueba de afecto como la que Felix acababa de dar á Ramiro, esponiéndose á morir por salvar la vida de este, arriesgada con imprudencia; el vehemente cariño de Ramiro para con su amigo ya no tuvo límites.—Lo miraba como su ángel tutelar; y estremoso como era, habria destruido sus fuerzas y su salud, asistiendo á su amigo en la larga enfermedad ocasionada por su herida, si el mismo Felix no lo hubiese impedido, valiéndose de la autoridad que le prestaban su amistad y su estado doliente.

Por las calles de san Roque, donde estaba destacado para el sitio de Gibraltar, desfilaba el regimiento de la Princesa, precedido de su música militar, irreflexiva y animada como una Bacante.—Lindas mugeres se asomaban á los balcones para ver los oficiales que las saludaban con su música alegre y con sus miradas lisongeras.—Mira allí y verás, por vida mía, una hermosa muger dijo Ramiro á Felix, que miraba á su lado.—Alzó Felix la cabeza, pálida aun, y vió en el balcon de una de las mejores casas de la ciudad, una jóven de maravillosa belleza, medio oculta detrás de las macetas de flores que cubrían su balcon, como una hora de felicidad precedida por las de la esperanza.—«Eres buen hurón para descubrir muchachas lindas» respondió Felix sonriéndose.—Pasaron; pero Ramiro volvía de cuando en cuando la cabeza á ver de nuevo aquella que había llamado tanto su

atención; mientras que ella seguía tambien con sus miradas á los dos oficiales; el uno alto, pálido, de porte interesante y noble; el otro mas pequeño, pero ágil, bien formado, arrogante y vivo.—Barras muy bien en retirarte, Laura; dijo el corregidor, tirando del brazo á su muger, y quitándola del balcon. Esos pisaverdes te miran como si tuvieses un danza de monas en la cara.

Al menos, si no muy brillante, podemos decir que estuvo bien alegre el baile de anoche (decía Ramiro á un grupo de oficiales reunidos en la plaza de la ciudad).—Debí parecerle así; contestó un teniente de cazadores, cazador tan infatigable en el baile como en el campo de batalla; porque á fé mia que te divertistes en él muy bien.—Yo solo me entretuve observando al corregidor, que queria tragarte con los ojos.—¿Tragarme? y por qué? preguntó Ramiro.—Me gusta la pregunta!—¿Quieres que un marido celoso vea con buenos ojos al que los pone en su muger?—Y mas si el tal es buen mozo, añadió un oficial de granaderos apartando de su frente las mechas de pelo de oso de su gorra.—Y elocuentemente como un san Agustín, dijo otro oficial.—Y emprendedor como Colón, dijo otro.—Y que sabe insinuarse como la serpiente de Eva, dijo un tercero.—Si así fuese, contestó Ramiro con aire serio, el corregidor se inquietaría por cosa muy corta, y debería gastar mas flema.—Eso estaria mas de acuerdo con su gran barriga, replicó el de cazadores; pero amigo, es que él guarda un tesoro que no merece poseer.—Lerida, prosiguió el mismo, hay mas gloria y placer en esta conquista que en la de la plaza de Gibraltar.—

Basta ya ya de chanzas, señores, repuso Ramiro.—Desgraciadamente el sitio de la plaza que marcha con tanta lentitud, nos tiene ociosos, y he aquí lo que ocasiona estas habladurias.—

Va te veo en cuerpo y alma metido en una intriga, dijo Felix á su amigo al separarse de los demas, pues te has formalizado.—No olvides, Ramiro, la copla:

Viendo y viniendo,
fuime enamorado,
empecé riendo
y acabé llorando!—

¡Reflexiones! ¡Raciocinios! respondió Ramiro.—Mira, Felix, esas fortificaciones que nos rodeitan muertas.—Sabe Dios cuántas horas viviremos.—Ademas, pregunta á los viejos, cuanto duraron sus veinticinco años.—Gozemos, Felix, gocemos.—

Nada gozaba, no obstante, el pobre Ramiro cuando ni abandonar su lecho sin haber conciliado el sueño y apoyándose en la barandilla de su balcon, miraba y apenas veía el sol que elevándose sobre el horizonte despertaba al universo como una campana de luz.—Apasionado como estaba, su amor habia llegado al último grado por los insuperables obstáculos que se le oponían.—En vano su ternura era correspondida con igual ardor: un marido celoso levantaba impenetrables barreras entre los dos amantes.—Laura no salía de su casa desde que su inquieto marido habia principiado á sospechar.—Mudas y temerosas entrevistas en la iglesia; algunas palabras por la noche en la reja, cuando Ramiro podía pasar disfrazado; pobres billetes que mas que palabras contenían lágrimas, eran el único alivio de su exaltada pasión, pasión en todo jóven, en todo lozana, y en todo andaluz; sedienta de lo futuro y sin pasado para vivir de recuerdos.—Maldieria Ramiro tantos obstáculos y se entregaba á una verdadera desesperación.—Estaba tan embobado en sus tristes pensamientos, que por dos veces fué necesario le advirtiera una disimulada tosecilla que la buena vieja María, nodriza y confidenta de Laura, pasaba por debajo de su ventana, para que él lo notase.—Apresuróse Ramiro á bajar, y siguió á lo lejos á la buena muger; no atraviéndose á mirar á nadie de miedo de ser visto.—Después de muchos rodeos, María llegó á la callejuela solitaria: de un lado se levantaban las altas y severas paredes de un convento, y del otro las del jardín del corregidor.—Paróse entonces María, llegó Ramiro y ella le entregó un billete que él abrió precipitadamente y que contenía estas pocas palabras: «Mi marido se vá al campo. Estoy libre esta noche y podrá verte. Es la primera y será la última.»—(¿Quién podrá dar el justo valor al arrobamiento de Ramiro, careciendo de su ardiente alma, y no estando apasionado como él!!! Besó con el mayor ardor el billete, que por esta vez no estaba empapado en lágrimas, pero cuyos tetras temblonas y mal trozadas probaban la agitacion con que se habia escrito—con el mismo empujamiento besaba las descarnadas

manos de la oficiosa María.—Sacó después una bolsa bien llena y se la entregó llamándola su genio tutelar, su madre y su amiga benéfica.—Mas la fisonomía de María cambió de expresión en un momento.—Enderezó su encorvado cuerpo, sus apagados ojos se vivificaron y miró á Ramiro de pies á cabeza con arrogancia é indignación.—Señor, ¿quién ha ha creído Vmd. que yo soy? le dijo.—Lo que acabo de hacer por amor de mi hija pueda ser una debilidad; pero si lo quisiera por interés sería una infamia.—La buena María desapareció en el momento, entrándose por el postigo del jardín de su ama aquella misma mañana.

Felix al entrar en el cuarto de su amigo para desayunarse, quedó espantado al encontrarlo entregado á la desesperación mas violenta.—Arrancábase los cabellos de sus hermosos y negros rizos, tiraba con rabia cuanto encontraba á la mano... rompía los muebles...—¿Qué tienes Ramiro? le preguntó. Pero él solía responderle: ¡maldito sea, decía, el estado militar! ¡maldita, esta dorada esclavitud! ¡maldito el coronel, tirano absoluto! maldita la hora en que con estas cuarenta y tres recibí una cadena que no me es posible romper! Pero, amigo mío, le dijo Felix; nada comprendo de tus arrebatos.—¿Has tenido algun disgusto con el coronel? ¡Ah! respondió Ramiro, ¡no se trata de disgustos, sino de la felicidad de mi vida!—Nada tengo oculto para ti—toma y lee.—Dióle el billete de Laura, y Felix después que lo leyó, ¡Y bien! dijo.—Y bien! replicó Ramiro; ¡no soy yo el mas desgraciado de los hombres?—Estas reñolones, contestó Felix, me hacian suponer lo contrario.—¿No sabes, exclamó Ramiro, que estoy nombrado de guardia para la avanzada?—Mordíse las manos al decir esto, y Felix se echó á reír.—¿Y es esa la causa de tu desesperación? le dijo.—Eso sí que es propiamente lo que se llama ahogarse en una gota de agua.—Yo haré el servicio por ti; tú lo harás por mi cuando me toque.

Ramiro estrechó entre sus brazos á su amigo, diciéndole: Felix... Felix mío... ¿acabaste para mi felicidad; eres mi providencia, un ser benéfico que siempre de Dios me vida; ¿cómo podré yo jamás pagar tu buena, tu amistad generosa?—Pero ¿he hecho yo alguna cosa, contestaba Felix, que no hubieras tú hecho en mi lugar, mi querido Ramiro?—Este no dió otra respuesta, que estrechar á su amigo contra su corazón tan lleno de amor y de amistad, como de esperanza y de gratitud.

Elevábase el sol sobre el horizonte con su magestosa montañía. «Mucha te apesadras hoy, rubio mío» decía Ramiro, echándole una colérica mirada y deslizando por la puerta del jardín, que María cerró con prontitud luego que aquel salió.—¿Qué diablos se encontraba Ramiro! Estaba lleno de orgullo, de reconcomienda y enterección.—Todo su ser parecia labarse triplicado.—Saboreaba en el profundo santuario de su corazón cuantas emociones produce una verdadera pasión correspondida.—Embragado de placer bendecía su suerte.—En su éxtasis no reparó en el teniente de cazadores, que salía á su encuentro.—Al verle quiso, haciendo el distraído, echar por otro lado; porque en momentos como en el que se hallaba, toda distracción le parecia profanar sus recuerdos.—Mas el teniente se apresuró á unírsele, diciéndole: «cuanto me alegro de verte, Lérica! ¿te creía de servicio en la avanzada!»—Bien, ¿y qué? contestó Ramiro.—Es una friolera, respondió el de cazadores. Los ingleses han hecho una salida, y el comandante del puerto ha sido muerto.

Veía la antigua Sevilla sentada sobre una llanura como una viuda en su poltrona.—Veía envuelta en sus viejas mantillas como en un manto real desechado.—Mirad al viejo Betis besando sus pies con la respetuosa galantería española; oíd cual le pregunta donde están sus flotas que daban la vela, llevándole á los Colonos, los Corteses y Pizarros al descubrimiento y conquista de un nuevo mundo, y volvían cargadas de plata y oro.—Sevilla suspirando le enseña su barco de vapor.—¡Oh progresos del tiempo!—Aproximaos.—Hablad con ella.—Como vieja le gusta hablar de las épocas de su juventud y grandeza.—Ella pues, os llevará desde luego á su catedral.—Os enseñará el cuerpo de su San Fernando; pero arrodillaos... adorad... venerad con ella... ¡sino estad seguros de que la vieja Sevilla no volverá á hablaros.—No podríais comprenderla.—Después la seguireis al Alcazar, palacio de reyes, viejo y romántico como ella.—En los baños de las reinas moras, de doña María de Padilla, es donde os contará en romances su historia, sus vicisitudes, sus triunfos, sus glorias y sus creencias;—

y los ecos del palacio, habitado sólo de recuerdos, repetirán sus palabras con sus aéreas bocas.—En seguida os sentareis con ella á la fresca sombra de floridos naranjos en las orillas del Betis, y os hablará de sus hijos queridos: os recitará con magia y encanto los versos tan bellos de Herrera, Rioja y Góngora; las hazañas de los Ponces de Leon y los Guzmánes, y os llevará de la mano á admirar las portentosas obras de su Murillo, su Velázquez y su Montañés.—La veréis joven, ardiente, poética, exaltada: mas luego volviendo á su verdadero estado de mujer anciana, acaba por decirnos suspirando: ¿cómo han cambiado los tiempos!

Saliendo por la puerta llamada de Triana, seguireis dos calles de árboles que conducen á los *Malecones*, que son una porcion de gradas elevadas para precaver la ciudad de las inundaciones del rio, cuando este sale de madre.—Pasados aquellos encontrareis una llanura llamada el Arenal; de donde sale el puente que conduce á Triana.—Vereis en esta llanura una concurrencia elegante dirigiéndose hácia la izquierda donde principian los hermosos paseos, que adornan á Sevilla cual una guirnalda de flores.—La rectitud del rio es quien sostiene ese lujo de vegetacion, esa multitud tan variada de flores que las embellecen.—No pudiendo ya enriquecer á su amada con tesoros, la adorna con rosas.—A la derecha de la puerta de Triana, vereis la *Masa de armas* que hizo construir el general marqués de las Amarillas.—Los pilares que sostienen sus cuatro puertas, están adornados de un león de bronce destrozando un águila; y hacen alusion á los reyes que llevan aquellas que son Bailen, Victoria, San Marcial y Albuera.—Honor al noble español, que eleva un monumento á la gloria de su nación!!! Que procura libertarla de injusto olvido donde la sepulta el culpable descuido nacional! Que comerció en su corazón, verdaderamente patriótico, el recuerdo de esta gloria potente, elevada, sublime, que existió en los venideros siglos, cuando yacian en el olvido las discusiones domésticas que la hacen descender hoy.

Un domingo del año 1833, muchas damas adornadas con mantillas blancas, faldas y cintas; muchos elegantes jóvenes, á pie y á caballo, se apresuraban á llegar al Paseo.—Dirigiese la alegre multitud á la izquierda, en tanto que á la derecha se observaba un contraste admirable.—Un misionero capuchino; subido sobre el Malecon predicaba á un gran número de gente del pueblo, que en pie y con la cabeza descubierta, formaban en derredor una porcion de círculo á manera de abanico.—A cierta distancia, un inglés apoyado en un árbol, dibujaba en su album el admirable y venerable rostro del capuchino.—Un paisano mirando el dibujo por encima del hombro del inglés, se sonrió y dijo con la franca cordialidad española, á quien hasta una mirada para hacer conocimiento: «por vida mia, que se parece como un ojo de la cara á su compañero» Vmd. es un gran pintor, señor mío, y si Vmd. es inglés como pienso, muy ageno estará al mirar á ese pacífico y santo varón de que haya echado quizás debajo de tierra á algunos de los abuelos de Vmd.—El inglés miró al español con admiracion y este le volvió á decir: si señor, valiente espada era la suya el año 1782.—En el sitio de Gibraltar se distinguió mucho hasta que... pero es historia larga—Suplicóle el inglés se la contara, y el buen hombre que no deseaba otra cosa, le hizo la relacion que se ha leído.

Viendo, añadió por último el español, con tanta claridad el dedo de Dios, que le castigaba con tan espantosa castrofa, fuera de sí, de dolor por haber causado con su criminal pasión la muerte de su amigo don Ramiro de Lérica solo vió dos alternativas: morir ó hacer penitencia.—Gracias á Dios era cristiano y tuvo valor suficiente para escoger la última.

El inglés miró ya con un nuevo interés al misionero.—Tenia, por decirlo así, el microscopio que podia penetrar aquella cubierta, humilde y silenciosa.—Mas en vano buscó en aquel semblante, envejecidos surcos de lágrimas; un linde de dolor, ó una mirada que denotase un recuerdo.—Todo habia desaparecido en aquella tranquila y venerable fisonomía, no por obra del tiempo, sino porque ese habia hecho vulgar variacion.—Una elevada virtud habia desprendido de este mundo su corazón y conducido á aquella altura, en que segun el elocuente poeta Lamerlinge «hasta el recuerdo huyó, sin dejar huella.»

FERNAN CABALLERO.